

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Subscripción.—En la Península: Un mes, 1 pta.—En el Extranjero: Tres meses, 7'50 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.

Condiciones.—El pago será adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales: París, Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. Jhon F. Jones, 31 Faubourg Montmartre.—New-York, Mr. George B. Fox, No. 21-Park Row.—Berlín, Rudolf Mosse, Jerusalem Strasse, 48 49.—La correspondencia al Administrador.

Redacción, Mayor, 24.—Administración, Mayor, 46.

Importante para los Agricultores

Banco Hipotecario de España

Préstamos por 5 años, con facultad de entregar y retirar cantidades en cuenta corriente.

Interés de 4'50 % y á 0'60 céntimos de comisión. Los fondos ingresados en la cuenta corriente, ganarán el interés de 4'50 %, prorrateado por días.

Para más antecedentes, dirigirse al único Agente en esta Región: D. José Sánchez-Doménech PLAZA DE REY, 19

Por tierras de Flandes

El secreto de la riqueza

Cuando se recorre ciudad por ciudad y comarca por comarca este país cuya actividad parece haber llegado al maximum posible, un español para quien el sentimiento de la patria sea algo vivo y arraigado en el corazón se formula una serie de problemas á cuya solución total tal vez no llegue, pero cuyo planteamiento solo, ya implica un progreso positivo en la investigación de los males de España. Los belgas, originariamente no son más inteligentes que los españoles. Sin incurrir en patriotismos ridículos, podría decirse que, en esta época, en un hombre del pueblo belga, analfabeto, y otro español en iguales condiciones, la ventaja está de parte de éste. Los belgas no son más trabajadores que los españoles: la leyenda de la holgazanería ibérica ha sido destruida por los militares y millares de compatriotas que han colonizado la Argelia, que al presente roturan y laboran los campos argentinos, y trabajan en Panamá, en el Brasil, en el Senegal, en donde quiera que hay un pedazo de pan que ganar. La diferencia de productividad entre belgas y españoles no arranca de cualidades de raza. No es cosa fatal, natural, que el belga sea hombre industrioso y trabajador y el español pobre y perezoso; esto debe depender de otras causas, relacionadas con la cultura, con la disciplina social, con las ideas de la vida, con las influencias históricas, con circunstancias geográficas tal vez, pero de ninguna manera

con el modo de ser, personal, de unos y otros.

Bélgica ocupa, verdaderamente, una situación geográfica privilegiada, en el centro comercial de Europa, entre Alemania y Francia, é Inglaterra, esto es, entre los primeros países del globo. De Alemania á Inglaterra es paso casi obligado. De Inglaterra á Francia lo mismo. Sus ríos, por lo lento de su curso y por correr á flor de tierra, son navegables. Amberes sobre el río Escalda aspira á ser el segundo puerto comercial del mundo—ahora ocupa con Hamburgo el tercer lugar—encontrándose á 88 kilómetros del mar. Pero España tiene asimismo una situación ventajosa. Es la parte avanzada de Europa sobre el Océano, y por tanto la que debería recibir toda la corriente de vitalidad dimanante de América, donde la civilización avanza con velocidad acelerada. Es punto de contacto casi obligado de todo el comercio del Norte de Europa á Oriente, por el Mediterráneo. Es, en fin, puente de Europa sobre África, cuya riqueza ha comenzado á descubrirse ahora y cuyo desenvolvimiento gigantesco se anuncia como algo inmediato. La extensión de nuestras costas facilita nuestras comunicaciones con el exterior, y es base natural para un desenvolvimiento considerable de la marina mercante. Fáltanos una cosa que tienen los belgas: carbón el pan de la industria, como modernamente se le llama. Pero la industria belga no se alimenta exclusivamente del carbón nacional. Por el Escoda recibe carbones alemanes, que tienen ya el gravamen del transporte hasta llegar al punto de consumo. Y en cambio también se exportan

carbones belgas al Extranjero. Este problema del carbón ofrece una solución parcial que nos interesa mucho á los españoles: la mayor parte del carbón que se emplea en la industria destinada á la producción de fuerza eléctrica para alimentar motores que se aplican á manufacturas diversas, como la fabricación de tejidos en Gante, que dá vida á más de cincuenta mil obreros. Pero la fuerza eléctrica que los belgas obtienen mediante el carbón podemos obtenerla nosotros mediante los saltos de agua, á mucho menos precio. La fabricación de tejidos, por ejemplo, sobre todo los de lino y algodón, por razones que en algún otro artículo explicaré, debería estar al presente, casi monopolizada por nosotros en Europa. Puesto que el curso de nuestros ríos es accidentado, y precipitado hay en ellos una fuerza que aprovechar para la industria, y al mismo tiempo la fuerza eléctrica sería aplicable á la atracción de los ferrocarriles, aumentándose las comunicaciones en términos increíbles.

Ni las condiciones fisiológicas y psicológicas de los españoles, ni las geográficas, ni la carencia de carbón, son diques insuperables opuestos al desarrollo de nuestra actividad, al nacimiento y progresión de nuestras industrias. ¿Dónde está el secreto de nuestra ineptitud aparente, de nuestra pobreza, de nuestra inercia, actuales? ¿Será cosa de culpa del Gobierno, como hacen todos los majaderos melancólicos, á propagandistas electorales? ¿La raíz del mal no estará más honda y no obedecerá á causas más complejas? Si, sí, este es un problema tan complejo, en el que entran tantos factores, que sería vano empeño intentar resolverlo en un artículo como este y que, desde luego, impone cierto temor cuando se trata de acometerlo.

Alejandro Dumas decía: ¿Cómo es que siendo los niños tan inteligentes son los hombres tan brutos? Esto debe ser á causa de la educación. De igual modo podríamos decir nosotros: ¿cómo es que estando los españoles por lo menos tan bien dotados por la Naturaleza como el pueblo más industrial de Europa perduramos estacionarios, en la miseria y en la inactividad? Esto debe ser cosa de la educación, de los ideales de la vida que se le imbuyen desde la niñez, del ambiente moral que respira, de la falta de fe en Dios, en la finalidad en es fuerza, en el progreso, en algo que está situado fuera de él como meta á que

deba llegar y que deba transponer. Este es, en último término, un problema pedagógico, atañadero, no al modo, a procedimiento de enseñar á las nuevas generaciones, sino á lo que se las ha de enseñar, al contenido de las enseñanzas, mediante el que se ha de contrarrestar la obra del ambiente que actúa de una manera poderosa y constante para ellas. Este es un problema de enseñanza de los fines y de los ideales de la vida. Este es, como se vé, un problema de educación moral. ¿Un problema de educación moral! Decir esto es sustituir una dificultad con otra. Pero la zona inexplorada de nuestras investigaciones se ha reducido. Y en estas eliminaciones sucesivas, va esclareciéndose y limitándose el camino por donde ha de llegarse á la solución.

Juan Pujol.

Lovaina, Agosto 1911.

Chismes gatunos

Cien mil gatos te proclaman y te rondan la gatera, y te acarician el rabo y te soban las orejas. Al oír tu flébil miau todas las gatas solteras enarcan el suave lomo y sienten dolor de muelas. Sus ojos brillan inmóviles, como disformes luciérnagas y, al son de alegres aullidos, juguetonas se revuelcan. Y tú, al ver tan exaltadas, á las felinas doncellas, exclamas, ebrio de gozo, como un gato calavera: ¡El amor gocemos sin concupiscencia! ¡Cállate, morrongo, no me comprometas!

Las alcantarillas fueron tu primitiva vivienda. Nómbrote Gran Emisario la propiedad comunera. Te relamistes de gusto, al ver tan gorda la presa, y las uñas afilastes, entre arisca y zalamera. Y con técnicos bufidos, con intenciones aviesas, al contestar te exiges cordilla y merluza fresca. Tu Municipio espantado, acuerdos toma á docenas, te los revocan tres Poncios, y dices á tu clientela: Guasas de murcianos,

bromas de Lacierva. ¡Cállate, morrongo, no te comprometas! Tu primer alcalde ¡oh cielos! á solas con la Inocencia, perdió á la chica el respeto tras de perder la chaveta Tu bendito Apolinario fué tu segundo Babieca ¡qué presupuestos tan ricos! ¡qué censo! ¡qué luz! ¡qué ¡qué repartos vecinales! ¡pelmal! ¡qué diluvio de recetas! ¿Y la campaña del Banco? ¿Y las típicas meriendas? ¡Qué chico tan jactancioso! ¡Qué gata tan pendenciera! Bien le decía Cameleo en una sesión secreta: ¡Eres un suicida, eres un manteca! ¡Callarse, morrongos, no se comprometa!

El palacio espléndido, de mármol y cese habitaste un día con tus rabaneras. ¡Nunca he visto juntas—tantas eminencias! ¡Vaya una Sorbona!—¡Qué sablos de G ecie! ¡Cuántas discusiones!—¡Cuántas controversias! ¡Viva el contratista—de la Casa Nueva! ¡Cómo lo engatusaste!—¡Cómo lo camelaste! ¡Ya te guita un ojo—y tú los dos ciegos! ¡Ya te da la mano—y tú se la estrecha! ¡Ya te da la punta—de la roja lengua! ¡Ya te doje el brazo—y ya te lo aprieta! ¡Y después te ofrece—con voz de cordera— ¡Me quieres?—¡Te quiero!—Pues dame una prueba! —Cuando vaya á casa,—te traeré la muestra! —¡Que nadie se entere!—¡Que ni Dios lo sepa! ¡Vengan esos cinco!—¡Vayan 1.500! —¡Me parece poco—¡Hay de sobra, Pepal! —¡Mira que me ofende!—¡Mira que te oocas! —¡Mira que nos miran—todos los etcéteras! —¡Cállate, morrongo,—no me comprometas! X. Y. Y.

Napoleónicas

¡Abajo Napoleón! Ese grito lanzamos, convencidos de que hemos vivido engañados. Y que gracias al director de "La Tierra", hemos llegado á saber quién era Napoleón. Nosotros creíamos que era una buena persona. Que durante muchos años le había tomado el pelo á García Vaso y demás compañeros de apetito.

Pero nunca nos podíamos figurar, que fuese lo que es. Plácemes merece el director de nuestro distinguido colega, por haber des corrido el velo. ¿Sabeis lo que es Napoleón? García Vaso lo dice: ¡Un asesino!

Y cuando don José García Vaso, diputado á Cortes, director de "La Tierra", lo dice en un artículo de fondo y con toda la seriedad que el caso requiere, no hay que dudarlo. La duda en este caso sería una ofensa inferida á don José García Vaso. Sería tanto como llamarle injuriador y calumniador.

E indicaría además que era un cobarde, valiéndose de la habilidad de decir que Napoleón induce al asesinato, no atreviéndose á sustituir el mote, por el nombre y los apellidos del agraciado.

Y don José García Vaso, podría ser tachado de cualquier cosa, pero de injuriador, calumniador y cobarde, no en nuestros días.

Porque nos rompemos la crisma con cualquiera, defendiendo la honorabilidad.

Que: "en defensa de una dama... cualquiera que tenga honor".

Nos extraña, que Napoleón, no esté ya en chirona.

Acusado en letras de molde de un tan grave delito, la inducción al asesinato de García Vaso nada menos, y todavía en libertad. ¡Cosas del caciquismo!

Y acusado no por un insolente, sino por la propia víctima del delito, que, hay que fijarse bien, es D. José García Vaso, Diputado á Cortes, Director de "La Tierra" y una de las firmas de más garantía en todas las cuestiones de delicadeza, honradez y ver-güenza.

¡Y Napoleón, riéndose tal vez de la impotencia de su acusador!

La honrada palabra de D. José García Vaso, basta y sobra.

A los cuatro evangelios, hay que agregar lo que él diga.

Y no por robustecer lo dicho por él, que no lo necesita, sino porque nos recuerda la conciencia, nos ofrece mos á declarar como testigos de cargo.

Ayer sorprendimos una conversación que nos puso los pelos de punta. Hablaba Napoleón con diez y siete

—¿No guarda la poterna del Castillo el alférez Rosique?—le interrumpió Antón Pica. —Sí, á fé,—le interrumpió el alguacil,—pero al tocar las diez mi primo encerrará al alférez. —¿Y el zorro de Sepúlveda? —Contra un zorro una trampa, señor mío; contestó el alguacil.—El alcalde, el alférez y cuantos den que sospechar, momentos antes de las diez serán guardados bajo llave. —¿Estás seguro de ello? —¿Que si lo estoy?—replicó el alguacil,—así estuviera tan seguro de lograr mi venganza. —Te vengarás de Garre: yo te lo juro por mi nombre,—le dijo el ex sargento con voz firme. Toma lo prometido,—continuó poniéndole en las manos diez doblones. Marchóse el alguacil hacia las Casas del Ayuntamiento. A poco encontró á Garre, y ya sabe el lector lo que medió entre ambos; esto es, una entrevista misteriosa. Pronto habremos de ver las consecuencias de tan extraña confidencia. Por su parte, Antón Pica, fué á recorrer los puntos de la población en donde se encontraban sus secuaces y repitió á los jefes de los grupos órdenes terminantes y precisas. Por fin, muy cerca de las diez, llegó á la puerta de la Villa en donde

Durante un breve espacio hicieron ambos combatientes prodigios de valor y de destreza; pero resbaló Antón y cayó en tierra. Antonio de Sepúlveda hizo notar á Garre la conveniencia de acabar con él. El caballero se indignó. —Yo no mato á un vencido,—dijo al anciano alcalde. —Es una víbora; aplantada,—le replicó Sepúlveda. —Que le mate el verdugo,—contestó Nicolás alzando el pie del pecho de Antón Pica. Ligó á su cuello el lazo aquél, se subió á las almenas y asíó la gupta á un gran pescante. Después tiró del lazo y quiso suspender á Antón para lanzarlo desde allí al espacio. Un artillero recibió la orden de dar fuego á un cañón para que el pueblo viera la justicia al mirar al Castillo. En tan supremo instante oyóse un cañonazo en la ciudad: otro sonó enseguida y siguió una descarga de mosquetes; sonó á la vez un grito tremebundo partido de mil pechos delirantes, que hizo ondular la atmósfera con su estridente entonación. Los defensores del Castillo corrieron á la almena y vieron con espanto, que en la terraza del Alcázar se libraba una lucha gigantesca.

santa, hija de un sentimiento lleno de impureza. El satánico yo movía á los jefes. —Peró volvamos á los hechos. Ya habíam dado las nueve, cuando el sargento Antón se personó en la casa de Bustica seguido de sus compañeros; humildes cortesanos del éxito probable del triunfo. —Y bien, ¿qué hacía aquí?—preguntó el ex sargento á los que estaban congregados. —Estamos ocupados en discutir nuestros derechos,—le contestó Bustica arteramente. —Nuestros derechos son indiscutibles, dijo Antón Pica con imperio,—les faltan la brisa y corazones de corderos que los defendan de la tiranía. —¿Debemos presentarnos en una abierta rebelión?—le preguntó Ginés Guillén. —No convenida esta pues, una resistencia pasiva al alistamiento,—dijo Ginés López con firmeza. —Tenéis razón, Ginés,—le contestó Antón Pica reprimiénd su enojo, que consiguió disimular. —Peró ¿no conocéis,—siguió diciéndolo,—que los hidalgos habrán de proveerlos? Para ese caso nos cumple estar apercebidos. —Es justo. —Dice bien.